

MARCELINO HERRERA VEGAS

Por el Académico DR. LEONARDO H. MC LEAN

No es tarea fácil referirse con breves palabras a una personalidad como la de Marcelino Herrera Vegas, toda vez que cada instante de su larga vida —vivió hasta los ochenta y ocho años— estuvo impregnado de constante acción.

Perteneciente a una edad de oro de la medicina de nuestro país, ingresa en la Facultad cuando apenas contaba con diecisiete jóvenes años.

En sus memorias declara que si bien en el bachillerato fue un estudiante discreto, en la Universidad, en cambio, fue un alumno brillante. "Irregular at the start, but quite regular at the finish" —tal como él mismo describe su vida de estudiante a través de esa máxima inglesa.

Era difícil sobresalir entre compañeros de estudio como Osvaldo Loudet, José Molinari, Horacio Piñero, David Prando, Alejandro Posadas, Gregorio Aráoz Alfaro, Otto Wernicke, Luis Agote y otras luminarias que engalanan la historia de la medicina argentina. Sin embargo, obtiene la medalla de oro que le concede la Universidad al mejor alumno, para, a partir de allí, continuar con su labor científica hasta los últimos momentos de su vida.

Como dije antes, Marcelino Herrera Vegas perteneció a la edad de oro de nuestra medicina. Estas no son meras palabras de alabanza en una época de gloria de nuestros claustros universitarios. Para describir esa época voy a relatar una anécdota respetando las propias palabras del ilustre médico a quien estoy dedicando este recuerdo:

“Estudié con entusiasmo y dedicación” —escribe en sus memorias— y obtuve diez puntos en todos los exámenes, salvo un ocho en Medicina Operatoria, presidida la mesa por Juan B. Justo”. (Coincidencia ésta, la de rendir humilde homenaje a un hombre que fue alumno de quien justamente ocupara el sitial que se me asignara.)

Aprende cirugía al lado de su maestro Ignacio Pirovano. Si se pudiera trazar una suerte de árbol genealógico, en cierta forma, el autor de estas líneas, sería un descendiente. Herrera Vegas fue maestro de Ricardo y Enrique Finochietto; éstos, maestros de Julio Uriburu, que fuera y sigue siendo mi maestro. Como éste sostiene, “Herrera Vegas más que profesor es maestro; y por eso más que alumnos tendrá discípulos”.

“Teacher of teachers” lo calificaría nada menos que William Mayo, ¡maestro de maestros!

Sir James Paterson decía que la cirugía así como la religión debe ser captada, más que enseñada. De la vida diaria, de cada acto cotidiano lleno de pureza, altruismo, transparencia, generosidad y trabajo, emergía la más importante de las lecciones del Dr. Herrera Vegas.

“Profundamente estudioso jamás operó un enfermo sin haberlo estudiado bien, y si la intervención era nueva o de rara indicación, su conciencia le obligaba a practicarla primero en el cadáver”, refiere Delorme en su discurso de incorporación académica.

Pionero de la hidatidología en la Argentina, su trabajo intitulado *Los quistes hidatídicos en la República Argentina* es un antecedente preciosísimo en la literatura médica mundial. Recordemos que después de medio siglo de su publicación, y con motivo del Primer Congreso Mundial de la Hidatidosis, que se celebró en Argelia en 1951, su presidente Henri Constantini, le envía un telegrama de felicitación que decía así: “Membres Premier Congres Mondial Kystes Hydatique vous adressent occasion cinquantenaire votre premier travail important, hommage et reconnaissance”.

No sólo la Universidad de Buenos Aires lo formó. Tuvo el privilegio de estudiar en las mejores universidades de Europa en una época “maravillosa para vivir la vida” nos enseña Julio Uriburu al referirse a ese fin de siglo, en que vivió el maestro de sus maestros. Estudió

anatomía en Estrasburgo con el famoso Schwalbe, cirugía con Madelung, ginecología con Freund...

En París, verá operar a Terrier, que era el símbolo de la nueva cirugía. Presenciará las demostraciones del gran Farabeuf. Estudiará dermatología con Fournier, bacteriología con Besançon...

En Berlín aprenderá histología patológica y cirugía con los mejores maestros alemanes.

No pretendo aquí detenerme en su extenso "curriculum-vitae". Sólo recordaré que le tocó vivir una etapa de la cirugía general que intervenía tanto en una operación de columna de un adulto como en la de traumatología infantil.

La especialización en cirugía aún no se conocía y su mano dúctil, conducida por un cerebro sabio dirigió su bisturí con maestría.

Su generosidad lo lleva a desprenderse de lo que más quiso: su biblioteca. Asimismo, un día decide no cobrar honorarios médicos (a pesar de que tenía muy buena clientela), por considerar que "su profesión no debe ser para él un medio lucrativo".

Gregorio Marañón decía que "ser humanista es comprender al ser humano; comprender..., que no es solamente conocer, sino amar". Y el Dr. Herrera Vegas amó a su prójimo sin frustraciones.

Doblemente académico, de Medicina y de Ciencias Políticas y Morales, supo en esta última llenar su ámbito con una elocuencia portadora de ideas elevadas y palabras reveladoras de una gran cultura.

Los académicos de Medicina lo tienen siempre presente. Se lo consideró el "alma mater" de dicha academia. Cada vez que se traspasa el umbral de la calle Las Heras, se lo evoca. Él donó el solar donde está emplazado el edificio actual. Los párvulos que van a estudiar a la escuela contigua —que lleva su nombre— tal vez no sepan que él donó también ese terreno. Tampoco saben lo mucho y bueno que hizo por la educación de nuestro país.

Algún día, si alguno de ellos estudia Medicina lo sabrá, y podrá decir lo que en nombre de ellos, le digo aquí y ahora: ¡Gracias, Maestro. De hombres como usted, está sedienta nuestra tierra!